

vale á lugar agradable en que se descansa con placer. La misma definición conviene en todas las lenguas orientales á la voz *paraíso*, que designa un jardín. El *gymle*, paraíso de los escandinavos, no es otra cosa que el mediodía. La Bética española, donde los euskaldunas recibimos de los griegos el nombre con que hemos pasado á la historia, fué un verdadero paraíso terrenal, el más hermoso y fértil, el más delicioso jardín de los iberos. Nuestras casas, que andando el tiempo constituyeron ciudades florecientes, descollaban todas en la proximidad de los ríos y demás corrientes, y como los manantiales suelen estar en las montañas entre rocas (*arri*), y las aguas motivan los puentes (*zubi*), y las cabañas y alquerías, y las fraguas, cuna de las primitivas industrias, necesitan también la proximidad de los ríos, arroyos y fuentes (*itur*), resulta que los elementos más comunes de los nombres de poblaciones en sus orígenes y calificaciones locales, son el agua (*ur*), la fuente (*itur*), la roca (*arri*), el puente (*zubi*), etc.; y así los ríos indostánicos espejan en sus corrientes las construcciones de *Abur*, *Ikhur*, *Magur*, *Kalur*, *Akhur*, *Korindiur*, *Mantitur*, *Apotur*, *Mapur*, *Baleokur*, *Korreliur*, *Ipokur*, *Paliur*, *Podoperur*, *Gorriur*, *Mastanur*, *Tenur*, *Silur*, *Yatur*, *Pur*, *Poleur*, *Modur*, *Ithagur* y *Nagiur*; el África, donde los ríos son más escasos, tiene á *Urbara*, *Butura*, *Buturiza* y *Zubiur*; y los ríos de nuestra península ibérica ostentan en sus orillas á *Urbiaka*, *Urbion*, *Urcia*, *Uria*, *Urion*, *Urgia*, *Urzo*, *Urcesa*, *Ilurbola*, *Iri-iturgi*, *Ituriaco*, *Anastorgiz*, é *Ipazturgiz*. Al mismo tiempo las radicales *su*, *gar*, *eihar*, *erre*, que significan fuego, llama, sequedad, combustión, se nos conservan en las ciudades africanas *Sugarra*, *Suhara*, y *Eyarzeta* y en los montes llamados *Errebide* ó caminos abrasados; las radicales *zubi*, puente; *ur*, agua, é *iri*, ciudad, aparecen en tres ciudades del África y del Indostán llamadas *Zubiri*, y en otras tres denominadas *Zubura*, *Zubia* y *Zubiur*; otras poblaciones de los propios continentes reciben aún su nombre de las rocas, *arri*, con calificativos que indican

ya cavidad, *chile*; ya elevación, *gain*; ora largura, *zabal*; ora posición dominante, *pe*; ora escasez ó indigencia, *char*: como *Arramaya*, *Arzabal*, *Arbalte*, *Arbaka*, *Arrochota*, *Archile*, *Arripara*, *Arragara*, *Arretachara*. — Tuvo el África tres ciudades de pastores euskaldunas, *Olhapia*, ciudad dominada por las cabañas; *Otsolha*, ciudad de las chozas frías; *Olhabasa*, ciudad de las chozas desiertas. Pero entre todas estas poblaciones, la más ilustre fué la consagrada al sol, *Argia*, *Argion*, *Argiri*, cuyo nombre llevaron nuestras tribus cuando fundaron colonias en el Indostán, en España y en el corazón de Italia.

• El éuskaro, como el celta y el negro, vino desnudo á la tierra; el epíteto *gorri*, rojo, que siempre unimos á la idea de la desnudez, recuerda que la piel de mis primeros hijos era más roja y cobriza que la de sus descendientes, en quienes la influencia de climas más fríos va borrando el color primitivo. Hicieron sus primeros vestidos juntando hojas de árboles y pieles de animales, y les dieron el nombre de *pilda*, que significa unión ó reunión. Era nuestro calzado de tiras de piel ó cortezas entretejidas, *abarka*. Cortábamos las pieles con los dientes, que fueron nuestras primitivas tijeras, *ayostiorsa*, y las cosíamos con punzantes espinas, *osvre-atz*. En aquella edad rudimentaria, bebíamos el agua en el hueco de la mano, cuya parte cóncava é interna recibió el nombre de *Aho-cer*. — Aún no conocíamos la cultura de los cereales: la encina, el roble, el nogal nos daban su fruto, del que sacábamos aceite y harina: el roble, *aritz*, recibió de nosotros un nombre que significa árbol de vida, árbol nutritivo, y desde el origen hicimos de él el emblema de la perpetuidad, de la gloria y de la independencia de nuestra raza. En otro tiempo nos proporcionaba el alimento: hoy cubre con sus poderosas ramas la reunión de los ancianos del pueblo y de los prudentes (*bilzaarra*): asambleas augustas en las cuales la equidad pronuncia sus oráculos, y el puro amor de la patria dicta las resoluciones que rigen los destinos de las tribus.

• Las piaras de cerdos, los rebaños de toda clase en que

abundaba la Turdetania, eran nuestra riqueza entonces. El cerdo, animal tan útil cuanto despreciado, recibió del instinto que le lleva á revolcarse en el fango de las orillas de los lagos y de los estanques, el nombre de *urde*: al ganado vacuno dimos, por onomatopeya, sacada de su mugido, el nombre de *beya*, y á toda especie de ganado en general, el de *abere*. El ser poseedor de rebaños era ser rico entre nosotros (*aberatsu*). La agricultura alcanzó rápido crecimiento entre las tribus que no se limitaron al pastoreo, y mi lengua da testimonio de que nuestras tribus desde el principio repudiaron los hábitos de los pueblos nómadas y cazadores, á quienes tal género de vida aventurera mantiene en estado salvaje en las islas y más allá del Océano occidental. El día para nosotros estaba distribuído en partes que llevaban su nombre propio y significativo: la mañana (*goi-iza*) era el despertar del hombre y de la creación, el momento en que el señor de la casa (*echeco-jauna*) ó el jefe (*buruzagia*) ó sea el *puruz* de nuestros hermanos los indos, deja el lecho para dirigir los trabajos de la familia y llama á sus servidores. Durante la época salvaje, que fué de corta duración para los aborígenes de mi pueblo, después del diluvio, íbamos de madrugada (*goiz*) al pasto (*alha*), bajo los árboles de los campos (*alhor*), y aquella primera refacción se llamaba *gosalhatzea*; pero con el progreso social, la cultura introdujo que se designara el desayuno con la palabra *askaria*, que tanto vale como refacción del principio del trabajo, y la comida principal con la de *baraskaria* porque suspendía toda faena. El resto de la tarde, después de este descanso tan necesario en los momentos en que el calor del día adquiere su mayor intensidad, fué llamado *arra-has-aldia*, ó sea tiempo del trabajo renovado, porque entonces volvía el labrador á uncir sus bueyes al arado. Al caer el crepúsculo vespertino, cuando aparecía en el cielo el brillante planeta que dió el nombre de *Hesperia* á la España de los iberos, tornaban los ganados á sus apriscos, y el Héspero fué llamado por nosotros *Artizarra*, ó sea estrella de la oveja, ó del pastor.

»Durante aquel primer estado y cuando principiamos á contar los años por las inundaciones del Nilo, inventamos el reloj de agua ó clepsidra, y del nombre del agua la llamamos *neurri*, expresando toda medida de tiempo. La palabra cadenciosa, el verso, el metro del bardo improvisador se llama también *itz-neurtu*. El agua de la clepsidra, cayendo gota á gota de una división en otra, al llegar á su derrame total marcaba una hora entera, *orena*. Antes de expresar con mayor perfección las ideas del espacio geométrico y de las distancias, las indiqué con la noción del tiempo preciso para recorrerlas, y relacioné esta idea con la clepsidra, tomando de este ingenioso instrumento los términos que denotan lo próximo y lo distante: *urbil*, cerca, se definía por la proximidad de la hora cuando el agua (*ur*) estaba reunida (*bil*) en el recipiente del reloj; la definición contraria se aplicó á *urrun* que significa lejos. La pequeña cantidad, *apurra*, el fin y la terminación de las cosas, *urhentzia*, son ideas que expresé con alusiones sacadas de la clepsidra. Con cuántas expresiones felices enriqueció el reloj de agua nuestra lengua, tan natural y sabiamente figurada! La gota cayendo por segundos forma círculos en la tersa superficie del líquido, y el círculo fué llamado *kurkur*, y el circuito *ingur*: los círculos repetidos con frecuencia, *usu*, y multiplicados como arrugas, sugirieron la palabra *uzur*, que indica toda clase de pliegues y particularmente las arrugas de la frente humana. De *belz*, negro, y de *uri*, formé la palabra *belsuri*, que expresa poéticamente la contracción de las cejas y las arrugas amenazadoras de la frente del hombre irritado ó del león. De la superficie serena del agua después de agotada la clepsidra, en la cual me miraba como en claro espejo, saqué la palabra *idauria*, *ichurra*, que expresa la imagen, la fisonomía, el parecido. En el agua agitada de la misma ví la imagen de los pensamientos tumultuosos causados por la turbación y las fuertes emociones, y creé la hermosa palabra *uriduritu*, que significa conmovido, turbado, semejante al agua agitada. El paso del hombre, medido y acompasado como

la gota del reloj de agua, recibió el nombre de *urats* ó ruido de agua. La imagen del río detenido en su corriente, me sugirió la palabra *ukuru*, que denota la inmovilidad. Cuando el río detenga su curso cadencioso, cuando los torrentes dejen de correr y en los valles los manantiales agotados exhalen los primeros vapores de la fiebre producida por el fuego interno que ha de trastornar de nuevo el globo, será señal de que la clepsidra genésica habrá marcado el fin de los tiempos. ¡Entonces, oh hijos de mi sangre, corred á la cima de las montañas, fabricaos un arca: porque el dragón desencadenado rugirá en el pozo del abismo y el juicio del Altísimo no estará lejos!

•En aquella edad de civilización rudimentaria no sabíamos extraer el hierro de las entrañas de la tierra. De todos los metales, sólo el oro nos era conocido, y se convirtió en símbolo de aquella edad feliz. El ardor del gran incendio lo había sacado líquido á la superficie del suelo: los ríos de Iberia lo arrastraban en hojuelas y en arenas. Con el fuego trabajamos aquel metal tan dúctil y bello: servíanos para los usos más viles, y la tradición conservada entre los celtas de que los iberos tenían de oro las rejas de sus arados, es verdadera al pié de la letra. Mas la avaricia desapoderada de los extranjeros nos envidió el lodo brillante que hollaban nuestros piés, y para arrebatárnoslo entregaron al incendio nuestras ciudades y asesinaron á nuestras tribus. La prudencia de nuestros ancianos prohibió el uso del oro: durante veinte siglos no guardamos de él ni un grano ni una hojuela: así que las monedas y las medallas salidas de nuestras fundiciones, son todas de plata. Dimos al oro en nuestra lengua sagrada el nombre de *urru*, por el agua, *ur*, en que se recogía. Jamás fuimos á buscarlo al fondo de las minas: la prudencia y la humanidad de nuestros ancianos no consentían que hombres nacidos para respirar el aire puro y bañarse en la luz del sol, hiciesen la locura de encerrarse vivos en las entrañas negras y húmedas de la tierra para arrancar, á precio de sudores y fatigas mortales, el funesto metal, primera causa de

las invasiones extranjeras y de nuestras mayores desdichas.

•El labrador había encontrado en los animales domésticos sus naturales auxiliares, y la agricultura creó la necesidad de regular el orden de los trabajos según las estaciones: fué menester estudiar con atención el curso de los astros, para cuyo resultado fueron también indispensables los números. Un hilo, *ari*, nos servía entonces para medir las dimensiones de los cuerpos, de donde vino la palabra *iz-ari* que expresa toda medida geométrica. Las hendiduras hechas en los árboles fueron los primeros guarismos de nuestros cálculos. Contábamos con los dedos, y las primeras cifras representativas de los números fueron un dibujo jeroglífico de los dedos, I, II, III, IIII, y de las manos, V. El número cuatro se expresó también con la figura de la mano abierta, V, menos un dedo, IV. Los diez dedos de las dos manos nos dieron un sistema de numeración por adiciones decimales. El número diez fué llamado *amar*, es decir, macho y hembra, por la generación de los números, á que los bárbaros dieron el nombre de casamiento. Pero con mayor razón podían los egipcios llamar casamiento al número diez, porque en la lengua sagrada la palabra *esku-ontze* se traduce por la unión de las manos. Así la cifra diez, X, entre nosotros no es otra cosa más que el dibujo jeroglífico de dos manos abiertas en sentido opuesto, unidas por el puño. Los iberos fueron en Occidente los creadores de la ciencia del cálculo: nuestros sabios ancianos y nuestros inspirados bardos reconocieron en los monumentos y templos de los idólatras las cifras primitivas que los antiguos iberos usaban en su escritura, y que llaman romanas los bandidos hijos de Rómulo.—Conocidas las reglas del cálculo, fácilmente descubrimos las leyes que presiden á los fenómenos celestes. La presencia y ausencia del sol sobre el horizonte señalaban naturalmente las divisiones del día y de la noche. Del nombre del sol, *eguzki*, *ekhi*, por el cual el hombre ve, el día fué llamado *eguna*, es decir, período de bienhechora claridad. La idea de la privación de la luz, *gavia*, sirvió para

designar la noche. El reinado de la oscuridad, de las tinieblas, fué llamado *ilona*, que equivale á dulce muerte, buen descanso, buen sueño de los mortales. El crepúsculo de la mañana, el de la tarde, el alba, la aurora, la salida y puesta del sol, recibieron nombres hermosos por su precisión y poesía. La marcha del sol, que abraza un círculo de estaciones extenso, pareció á propósito para representar los principales períodos del año civil; la luna, cuyas revoluciones son de más corta duración, divididas en fases regulares, fué para nosotros como el faro indicador de las semanas y los meses. En este sentido fué llamada *arghizaría* ó luz medida, luz que sirve para regular el tiempo; y de la concordancia de los ciclos lunares con los años solares resultó sin duda la perfección del calendario civil y de nuestra cronología. De otra parte, la observación atenta nos hizo descubrir que la claridad de la luna, disco poco radiante, carecía totalmente de calor, y dedujimos que esa claridad no tenía foco propio y vivificante, y para caracterizar su naturaleza de planeta inmóvil, durmiente y helado, fué llamada *illa*, palabra que expresa á la vez en nuestra lengua la inmovilidad, el estremecimiento y la muerte. Nuestros bardos, dados á las imágenes poéticas, como los sabios á la claridad del lenguaje, llamaron á la luna *illarghia*, es decir, luz durmiente ó muerta, luz que se apaga y brilla en las tinieblas de la noche.

• Á los iberos deben los europeos su semana de siete días, instituída según el aspecto de la luna durante su revolución sinódica. Contábamos por noches, y el nombre de la semana, *aste*, significa principio de fase ó de período lunar. Comenzábamos la cuenta de los días y de las semanas con la luna nueva. Los días de la semana recibieron sus nombres, de todos conocidos, y todos significando su propia idea: la seisena de lunes á sábado, consagrada al trabajo de los campos, se designó con el vocablo *seillastia*, de *sei*, seis, *illa*, luna, y *aste*, semana; los días de la seisena fueron llamados *astegunak*, días de semana ó trabajo. El día séptimo recibió el nombre de *igandia*, de *igan*, subir,

elevarse, franquear, porque en ese día alcanza la luna un grado de iluminación ó traspasa uno de los cuatro períodos del mes sinódico. Este día fué consagrado al reposo y celebrado con regocijos; y para las brillantes noches del plenilunio instituí las fiestas llamadas *Fay-arín*, ó sea de las noches alegres y enloquecedoras, durante las cuales mis hijos de la montaña dirigen al altísimo, *Goyena*, al buen señor del universo, á Dios, *Faongoikoa*, sus himnos de júbilo, bailando hasta el rayar del alba con gracia y ligereza, al són de flautas y tambores. — Las fases solares me sirvieron para determinar la verdadera extensión de los años: luégo observé que, del mismo modo que la luna, el sol tenía respecto de la tierra sus períodos de exaltación y debilidad, señalando dos grandes divisiones, marcando en junio su mayor elevación ó afelio, por lo que este mes fué llamado *ekhain*, y en diciembre su mayor descenso, *egubera*, á causa de la aproximación de la tierra en su perihelio de invierno. Entre el solsticio de invierno, *eguberia*, y el solsticio de verano, *ekhaina*, colocaron nuestros sabios ó adivinos la mayor desigualdad de los días y de las noches, y estudiando las fases de incremento y disminución, reconocieron que los polos de la tierra se elevaban de sus inclinaciones alternativas hacia el sol y que esta posición producía la igualdad de los días con las noches en los equinoccios de primavera y otoño. De estas cuatro épocas, de los equinoccios y de los solsticios, vino el dividir el año en cuatro estaciones, con sus nombres privativos: *bedatse*, la primavera, principio del verdor de los campos; *uda*, estío, época de la sequía; *larrasten*, otoño, tiempo de las últimas cosechas y de las últimas faenas; y *neghia*, invierno, época de la muerte y del sueño en la que el calor se convierte en hielo y la savia se agota. Desde un principio establecimos la concordancia de los meses lunares con los años solares en nuestro calendario, así que, fuera de dos meses, cuyos nombres están tomados del sol, todos los demás reciben su denominación ó calificativo de la luna, *illa*, con la designación de los trabajos agrícolas, ó

de otras circunstancias que se refieren á la vida de los campos: febrero, *otsa-illa*, mes del frío, ó del lobo, según las tribus y sus dialectos;—marzo, *epailla*, luna de la siega ó de las cortas;—abril, *yorrailla*, *opailla*, luna del escardeo y de las primicias;—mayo, *orilla*, luna de las hojas;—junio, *garagarilla*, *ekhaina*, *erreazo*, estación inflamada y de la exaltación solar;—julio, *uztarilla*, luna de las cosechas;—agosto, *agorilla*, luna de las sequías;—octubre, *urrieta*, *urrilla*, luna de las lluvias, y *bildilla*, luna de las vendimias y de las últimas cosechas;—noviembre, *azilla*, luna de las siembras;—diciembre *lotzaila*, luna del sueño, durante la cual la tierra duerme bajo las nieves y el labrador descansa.

•Con el desarrollo del trabajo se crearon nuevos intereses y necesidades antes desconocidas: á las primeras creaciones, limitadas á lo estrictamente *necesario*, sucedieron las de lo *útil*, que ensancharon el círculo de nuestras industrias; anunciábase para el genio de mi raza el tiempo de la investigación de la verdad y del culto á los esplendores inefables de la belleza; las primeras ciencias introducidas en nuestra sociedad, como la medicina y la astronomía, no rebasaban la línea de lo útil y necesario; fué preciso eximir de los trabajos manuales á los hombres llamados por su talento á investigaciones de un orden superior, y las funciones que les señalamos en nuestras repúblicas fueron las de descubridores de los arcanos de la naturaleza, idea que tradujimos con las voces *igherle*, escrutadores, y *azti*, indicadores. Esas nobles funciones han degenerado en manos de los bárbaros infieles en fuente de supersticiones ridículas, degradantes, y objeto de especulaciones inmorales y de odioso charlatanismo: el Egipto, la Caldea y la India han tenido, después de nosotros, sus adivinos, cuyo oficio es domesticar las serpientes, cebar cocodrilos, adorar ídolos vetustos de dorada corteza, mientras ellos se nutren con la sustancia y los sudores del pueblo imbecil á quien dominan con sus terroríficos fetiches. No así nuestros adivinos, los cuales, enemigos de hechizos imaginarios y de sor-

tilegios de antemano preparados, sólo atienden á percibir la armonía silenciosa de los astros y los números que la mano divina escribió en el firmamento con caracteres de fuego; sólo predicen la verdad en la sucesión de los tiempos y el orden de las estaciones. Mientras en las orillas del Indo y del Ganges el mago astuto y embaucador hace pesar sobre el Irán el yugo de una teocracia despótica, las tribus de mi pueblo ibero se inclinan con respeto filial ante sus magistrados, llamados padres de la patria y venerables, *agureak*. Todos nuestros ancianos reciben el mismo título. El hombre libre obtiene con la edad la corona de blancos cabellos del sacerdocio natural, y ejerce autoridad en orden á las costumbres: el freno de su disciplina es poderoso en nuestras repúblicas. Tienen éstas jefes y guías políticos, *ghehien*, pero el jefe es siempre el más anciano; no reciben leyes más que de la virtud y de la experiencia; los castigos son impuestos por manos paternas, y nuestra lengua atestiguará en lo venidero que el pueblo elegido de Aitor ignoró en el occidente de Europa hasta el nombre de los crímenes y vicios embrutecedores con que los Bárbaros se mancharon. Dejemos, pues, al Bárbaro, sus cavernas, sus aras ensangrentadas, sus sacerdotes funámbulos y brujos; para nosotros no habrá más brujo, mago ó hechicero, que el paciente herborista que estudia y analiza las plantas y extrae de ellas jugos saludables y benéficos, *belharguilla*. Dejemos á los celtas supersticiosos el culto de los bosques, con sus druidas tan diferentes de nuestros sabios ancianos que se sientan en bancos de césped bajo el árbol de la libertad santa: donde condenando la carnicería de los sacrificios y la bárbara efusión de la sangre humana, el hombre de nuestra raza no se sacrifica sino por la patria; donde la voz del cielo no reclamó jamás otra sangre que la de los jóvenes guerreros que combaten noblemente, no para conquistar tierras y esclavizar pueblos, ni para enriquecerse con el botín robado, sino para defender los floridos altares erigidos á la independencia y libertad primitivas en el santuario de las montañas.

Los éuskaros, más que todos los pueblos primitivos, fueron los hombres del deber: crearon la palabra, el arte y la ciencia; adoraron la verdad, practicaron la justicia, fundaron la sociedad, y con ella la libertad civil, principio de orden y de armonía; y antes que aceptar la servidumbre de los Bárbaros ó imponerla á las tribus infieles, se resignaron á huir y á emigrar, hicieron pacto con la muerte. El celta al contrario, fué el padre de la esclavitud, imaginó la guerra, produjo la iniquidad; pueblo cruel, supersticioso, idólatra, se olvidó de Dios alzándose contra sus leyes providenciales. Esta revolución fué el resultado de las tinieblas espirituales y de las malas inspiraciones del error. Por eso el error y la mentira recibieron en la lengua sagrada el nombre de *ghezurra*, que significa manantial inagotable de todo mal, y el mal mismo fué llamado *gaitz* ó producción tenebrosa consagrada por palabra engañadora.—¿Qué dicen nuestros bardos y adivinos acerca de la inteligencia suprema? La comparan á un río de luz inagotable, á un océano sin orillas de fuego y claridad. Así, de dos palabras consagradas al agua perenne y al fuego purificador, *su*, *ur*, la lengua inspirada de mi pueblo forma el nombre *zuhur* para designar á los ancianos, á los sabios, cuya mirada interior contempla la verdad de Dios. Y como Dios es todo luz, todo espíritu, y sus atributos supremos son la eternidad, la inmutabilidad, la infalibilidad, la independencia, la soberanía, el libre albedrío, la justicia, la misericordia y por encima de todo la bondad, fué llamado en nuestra sagrada lengua *Jaon-Goikoa*, buen Señor de arriba. Los hijos de mi raza, cuya mirada era sencilla y recta, no necesitaban reflexiones dificultosas ni el espectáculo degradante de la idolatría de los Bárbaros: en la serenidad de los primeros días que siguieron á las creaciones genésicas, y en el jardín terrenal en que el Padre Supremo le había colocado, el éuskaro, dotado de gracia, de belleza y de bondad, no se alzaba del tálamo nupcial para entregarse á un culto supersticioso é incensar al sol naciente, sino que entre las irradiaciones de la aurora, como entre las sombras nocturnas,

cantaba el himno del Eterno, *Bethikoa*. Entonces fué cuando embriagado de felicidad, henchido su pecho de gratitud, inundados sus ojos con las claridades del cielo y el espíritu con los resplandores de la verdad, proclamó al Sér Supremo con un grito inspirado, el más hermoso, el más expresivo de los nombres divinos: JAO! que resume toda la potencia de la palabra, todas las armonías del verbo: nombre sagrado y refulgente que es para los hijos de mi raza predestinada grito de júbilo, grito nacional, por el que los infieles reconocen al hijo de las montañas, al éuskaro, del mismo modo que reconoce el cazador al león del desierto por su majestuoso é imponente rugido.»

De algunos pasajes de esta curiosa fábula parece deducirse que su autor opina, como el Dr. Baret, y como sospechó Leibnitz, que el éuskaro procede originariamente del África; que su primer establecimiento fué entre los bereberes que poblaban la región septentrional de aquel continente mucho antes de ocuparla los cartagineses y los romanos; y por último que la lengua éuskara tiene grandes afinidades con el bereber puro y genuino que hablan en el nordeste de África los tuaregs y los pueblos confinantes con los abisinios.

